

VIII

Gran tempestad en mi cerebro..., todo en él parecía revolución y lucha; si hubiera sido una nación o un estado diría que se estaba transformando el régimen social o ideológico, pero, teatralizada en un cerebro, no podía calificarla más que como un fuerte dolor de cabeza...; tuve que acostarme, la crueldad refinada del ataque simbolizaba un sucesivo estallido de augurados siniestros; sin duda alguna se estaba operando en mí una enfermedad espiritual —existen, sí, señor— cuyo gran impulso impresionaba los órganos físicos; siempre he temido esas evoluciones morales, que, a veces, nos imprimen un rumbo inadaptable o un giro extraordinario; son como forzados mandatos de una superioridad invisible que toca nuestra alma, y tiene contactos familiares e íntimos con nuestra potencialidad dirigidora; esto es, imposiciones de la Naturaleza sobre nuestro cerebro ciego, de las cuales no nos damos cuenta por esa misma ceguera que exorna a nuestro atrofiamiento...

Y yo, al atribuir este origen a un imperativo además de la Naturaleza, me esforzaba por estudiar esas relaciones que alumbraran debidamente la interrogación de lo que representa nuestra lucha por la vida, nuestros encuentros con fatalidades monstruosas y destructoras...; nada, imposible, el dolor se hizo más agudo y se especializaba en punzadas hirientes como cuchillos. La misma fiebre, el mismo dolor, me brindaron un semisueño que fue como una gasa por donde se transparentaban horrores, enormidades, personajes sádicos, fases obscenas, acciones perversas, lujuria, refinamiento... esfumándose todas las figuras, quedando anuladas, mejor dicho, ante la presencia autoritaria, excitadora, procaz de... una mujer desnuda; mi nerviosismo dió un grito... ¡ah! era la sensualidad, era el deseo, lo que me transformaba en enfermo y loco; me lo dijo aquel icono desnudo, burlándose de mí y dibujando una sonrisa sus labios rojos; hizo una pirueta y desapareció...; el conjunto grotesco de los anulados signos simbólicos volvió a bailotear, y entre sus risotadas estridentes y sus muecas histéricas, yo desperté, con una pesadumbre y una debilidad que parecían mover mi cuerpo de un lado para otro, como si faltara la presión atmosférica que sostuviera, subordinada y fiel, a mi sangre alborotada y rebelde...

Voy a explicarme mejor. Yo, enamorado hasta los huesos de una mujer que, a la vez de artista excelsa y grande, las drogas del *Progreso* y del *sueño* la habían convertido en una enferma vulgar con visiones de neurastenia, gusté varias veces de un amor loco y carnal; mis nervios supieron de unos espasmos espoleantes, lujuriosos..., pero... ¡ay! aquello fue un capricho poco duradero que tuvo aquella mujer entregándose a mi juventud y a mi primer ardor. Yo, entonces, era casi feliz, porque los anhelos positivistas de la vida se calmaban hasta la saciedad, y la existencia se escurría, plácida, embellecida artificialmente por las rosas fragantes del amor; sí, yo era casi feliz porque mi espiritualidad, antes tan honda, parecía haberse adormecido... ¡ah, desgraciado!...

Aquellos días, transcurridos en la sórdida embriaguez del deseo cumplido, formaron en mí un estado de decaimiento a la vez que de exaltación; no hacía nada ni trabajaba en nada, me levantaba tarde y mi única ocupación era ambular por las avenidas y los parques. ¡Oh, cuando ahora pienso en ellos y no veo más que saciedades físicas, sin un asomo de espiritualidad, casi me horrorizo, y admiro a la vez la evolución que significa el que pueda execrarlos duramente! Aun así ¿no podría considerarse este punto de inconsciencias como

un obligado motivo para un trastrueco de ideologías? He aquí un punto delicado, alrededor del cual nunca me he atrevido a hacer afirmaciones ni a dejarlo sobre la mesa; sobre él basa la actualidad de mi vida voluble y oscura...

* * *

Finalizaba Agosto, y las noches ofrecían como un aliento confortador y vivificante que atenuara los rigurosos efectos de las ensañaciones solares... Yo dormía en una habitación que tenía un balcón a la calle..., al abrir los ojos, el cambio instantáneo de luz me produjo un prolongado parpadeo hiriente, cual una frotación sólida o una inundación de gases pegajosos y salobres... El reloj de la torre cercana dió diez campanadas lentas, reposadas, cuyas ondas anhelantes llenaban los oídos de infundadas apreciaciones. ¿Cuántos no estarían pendientes de esa hora que se transparentaba desnuda, aureolada de realismo y verdad, por los tintineantes choques musicales? Y me vestí de prisa, aprisionado ya por las garras enfurecidas del calor poderoso...

Fui a casa de la Brimé..., me dirigía un molesto y extraño sueño, que había llenado de impaciencias a la lucecita que alumbraba en mi mentalidad; atravesé calles desiertas y plazas griseadas por el polvo y el calor; los raros transeúntes parecían llevados burlescamente por una influencia aterradora, tal era la composición de su cara que incitaba la hilaridad; los párpados como atacados por una sensiblería fraterna tendían a juntarse, constituyendo un obstáculo a la vista, recóndita y ensombrecida.

No me dejaron pasar: Lolita no estaba en casa. Insinué un gesto de duda y otro de rebeldía ante la consecuencia de la frase: «La señorita ha salido».

Traté de conquistarme los afectos de la doncellita: un pulido cromo esmerilado; pero no tuve éxito.

—Le digo y repito que no está; ha salido.

Yo no quería creerlo, no podía creerlo; ¿dónde iba a estar a aquellas horas? —pensé— así es que insistí a la doncella.

—Dile que soy yo, ¿no ves que estoy citado con ella?

—Pues ha salido.

De aquí no era capaz de sacar a aquella criatura, que bien merecía pasar a la historia por el símbolo de la fidelidad; no me cabían dudas de que estaba en casa, y cierta sospecha..., dio a mi figura un relieve de fiereza; la doncella debió asustarse. Yo corrí casa adentro, sin hacer caso de sus voces, que me llamaban...

Lolita me interrogó: «¿Qué quieres?»

No pronuncie palabra; parecía imposibilitarlo un vaporoso rugido que se producía dentro..., muy dentro; alcé los brazos en actitud suplicante, mis labios dijeron una palabra fatídica, mis ojos enderezaron una mirada que era una mueca trágica.

Ella se acercó más a mí; tenía los ojos muy encendidos, y el perfil de su cuerpo culebreante adoptó una posición erecta y autoritaria; parecía desafiarme su mutismo, volvió a repetir la siniestra interrogación: «¿Qué quieres?» Y añadió, poniendo un poco más de dulzura en su acento impetuoso: «Vete y no vuelvas por aquí, pobre loco.» En son de despedida eterna colocó un beso en la mejilla urente..., ¡como el primer día, la primera vez!

Reflexioné breves segundos. ¿Qué concepto había formado de mí aquella mujer?, me puse rojo. Hablé, y hablé con dureza. Inconscientemente daba a mis palabras un molde de

ataque, de venganza; habíame tomado por un ser tan despreciable a quien, una vez torneado y vulgarizado por las aceradas espátulas del odioso capricho, se le arroja y se le pisotea entre risas y sarcasmos... Ella me lo dijo..., ¡y no se le cayó la lengua, oh...!

Mis palabras encendieron en su voluble corazón el farolillo del odio, pronto se convirtió en potentísimo foco que lanzara furias, exterminios, frases, insultos vergonzosos que caían sobre mis sentidos herméticos sin producirme el más leve escozor...

Yo oía todo cabizbajo, una ola de confusión barnizaba mi cuerpo, donde rebotaban las palabras y los insultos; aquella mujer se había vuelto loca, sin embargo, inicié un gesto de súplica: «¡Por Dios, Lolita!»

—¡Eh! Parece mentira que seas tan idiota que no hayas comprendido el sentido de mi pasión por ti; eras una virginidad apetecible, también las mujeres tenemos en esto nuestras sensaciones desfloradoras, ¿comprendes, cretino? Y no vacilé en vulgarizarte sensualmente, eso me debes agradecer, te he hecho hombre, ya puedes envanecerte de ser como los demás, tienes abiertos los ojos audaces de la comprensión sensual; de forma que esto ha terminado, no des lugar a que tenga que desencadenar cierto lustroso vocabulario...

Me fui, deambulé por las calles como un vagabundo, confusa la mirada, atropellado el cerebro; yo representaba el paciente que sufre el primer muerdo epiléptico de la vida, que aspira mansamente la engañadora transparencia de los proceder rufianescos; mi figura desaliñada daba la sensación de inopia vital, de carencia armónica de la recta voluntad del vivir...

Y yo resistía las miradas —como flechazos— que clavaba la multitud indiferente en mi escuálida y torva figura de desheredado; mi frente manaba sudor y mi cuerpo todo parecía resquebrajado y molido por los zarpazos envolventes de la vida...

Sí, loco, yo tenía que estar loco, pero, ¿eran posibles, si no, mis acciones? Estaba procediendo como un insensato que se arrastra tras de sus mismas flojedades; gracias puedo dar a que en todos estos manejos no se mezcló un átomo de espiritualidad ni un rayo de fulgente luz cerebral; estas materias, estos preciosos componentes de mi *yo total* permanecieron soñolientos y adormecidos ante los desafueros brutales del cuerpo en llamas. ¡Ah! Los odiosos resplandores de la carne vencieron y humillaron mi razón embrionaria, fui un dominado por la influencia animal del hombre; pero... era joven; las pasiones podían mucho, adquirirían un desarrollo tumultuoso y grande, mas también ese racimito de *superhombria* que existe en todos los seres humanos era puro en mí, aun no se habían derrocado sus impulsiones transformadoras, aun no había luchado cara a cara con los graznidos y las garras de los cuervos; y esa pureza, esa disposición heroica a la defensa lograron reducir a cenizas grises los momentos de mi desvío, de mis escudriñadores paseos por las avenidas terribles de una civilización chorreando sangre...; quizá brilló en mí un signo de optimismo, una reliquia salvadora, la arribada a un puerto feliz. Me ví ante el espejo de mi casa; una figura pálida, una cara ojerosa, un semblante ictérico, un conjunto burlesco; quise reír para ver si mis dientes blancos ponían en el cuadro un punto de reposo; todo al contrario, la caja que torneaba mi boca grande y ondulante dio un tono más siniestro a mi traje negro, que se ajustaba brutalmente al cuerpo, como si quisiera tragárselo; quise recordar aquellos momentos de mi vida en los cuales ponía los ojos en los descubrimientos felices del *más allá*; ahora veíame envuelto en minucias vergonzosas que se complacían en proporcionarme los más refinados tormentos...; y, al ver el absurdo hasta donde había descendido, me arrojé sobre la cama, llamando al sueño del olvido para que se encargara de

borrar mi actualidad y de escribir con letras de oro los renglones de mi pasado..., los ví, sí, los ví..., relucían y tenían la cualidad magnética de atraerse la simpatía, el respeto, y hasta hacer bajar los ojos de todos los seres que comprendieran sus párrafos, sus ideas...; logré dormir, entonces logré dormir...

Al despertar al día siguiente, lo primero que acudió a mí fue un incoercible tumulto, un estruendo de voces imperativas, unas imágenes que se desbordaban; se iniciaba en mi una calurosa disputa espiritual, quería juzgarme, deseaba aclarar los extremos de aquellas emociones mías. Entró una fámula con el desayuno, la miré de pies a cabeza, debí poner hasta fiereza en mis rugidos ópticos; se obró el milagro de que desaparecieran instantáneos los nobles pensamientos que anhelaban libertarme; sí, aquella lucha que tenía por teatro mi cerebro y por espectador exaltado y nervioso mi corazón, representaría el definitivo papel de mi vida, el cónclave que resolviera sabiamente, razonadamente, el indefinible camino a seguir a través de los marañes y las selvas..., y aquello, aquello que hizo desaparecer y olvidar sus argumentos era otra maldición que se cumplía pesadamente sobre mi cuerpo lacerado o mis torturas del espíritu... ¡Ah! Yo, para moldearme, necesitaba más fuego, y mi espíritu tendió otra vez a adormecerse, y entonces corrí al muro, a la sima..., al bátrato, donde se despedazaría lo último que quedaba de mi delineación vital... corrí hacia el destino...

Llegué jadeante, envuelto en copioso sudor, que daba a mi cara un color más de muerte, más pálido, en el que a la vez brillaban rutilantes las gotitas pegajosas y extenuadoras. Encontré la puerta abierta y recorrí todas las habitaciones, me faltaba el gabinetito interior, donde la hallé recostada en una *chaise-longue*, fumando un cigarrillo egipcio; la despreocupación del instante y la intimidad del lugar hacía que sus ropas fuesen ligeras: un amplio y escotado *kímono*, adornado con dibujos orientales y recortado formando fimbrias ondulantes y sinuosas; medias de finísima seda y «coturnos» *de andar por casa*. La sorpresa que recibió debió ser inmensa, sus ojos negros penetraron en mi cuerpo como dos clavos incandescentes; hizo una mueca con los labios que engendraron una de aquellas sonrisas, en las que ponía toda la malignidad diabólica que encerraba su corazón, atrofiado por la hipocresía, y su cerebro, minúsculo por consunción lenta; se puso de pie, adquirió una figura gallarda de poderosa reina, y me miró, como desafiándome a que mostrara yo una arrogancia física igual...; yo no me atrevía a levantar los ojos del suelo, permanecía fatuo y como idiota, recorría mi cuerpo una exaltación nerviosa que, a veces, producíame convulsiones involuntarias... Creo que en esa posición habría estado una eternidad siempre que ella no se hubiera cansado a inundarme con sus miradas hechiceras y con los influjos embriagadores de su cuerpo, que transformaban el mío en un débil guiñapo tremolando en los aires como un objeto perdido y falto de timón para dirigirse por el mundo oscuro y cavernario...

—¡Pero, Dios mío, qué pelma!— fue la primera frase con que saludó mi presencia.

Yo balbucí unos vocablos incoherentes que desataron la furia ardorosa de aquella mujer; por primera vez ví en su rictus un algo ridiculizado y burlesco; me permití, incluso, dar acceso en mis labios a una sonrisa entre altanera y compasiva...; produjo su efecto inmediato; ví cruzar por su vista un relámpago de odio, se ensancharon sus fosas nasales en ansias de venganza contra el insulto, el terrible insulto que supone en una mujer de postín el que un adolescente se ría o se compadezca de alguna de sus excentricidades; entonces, pudo decirse que la lucha quedó planteada entre nosotros..., yo volví a reír, pero esta vez

con una risa más abierta, más hiriente, más significativa... Ella se daba cuenta de mi ofensa, púsose lívida, su bello rostro se contrajo unos instantes, dejaba ver el marcado lapislázuli de sus venas contrastando con la piel tersa, blanquísima, por la cual se ramificaban; en su frente amplia se dibujó una línea oblicua que parecía un símbolo de intermitencias pensadoras; sin duda alguna imaginaba un plan o evocaba momentos felices —eso creía yo, ingenuo—, las mejillas y los labios se embellecieron sin necesidad de colorete ni cosmético; yo veía todas aquellas mudas transformaciones y no supe idear más que serían claras muestras de arrepentimiento y de vuelta a nuestro interrumpido idilio; otra sonrisa ocupó mi boca, como una rosa de triunfo o una rosa de felicidad; sin embargo, me turbó un algo siniestro que creí adivinar en el juego fugaz de sus pupilas incesantes...

Fue una atracción recíproca la que nos obligó a juntarnos; con un regocijo bestial me acerqué a ella, estaba hermosa aún dentro del suave desaliño de la mañana, cogí una de sus manos entre las mías..., pero yo notaba una fuerza que contraatacaba mis iniciativas, y la solté, revistiéndome de frialdad y falta de entereza... ¡ah, un vago y confuso presentimiento!...

Ella pronunció unas palabras como volviéndome al verdadero camino, al campo a donde le convenía que yo me situara.

—¿Qué haces? ¿Ya no te gusto?

Era ducha en estas lides, radicaba, quizá, su ciencia y su misterio en hacer de los hombres unos peleses autómatas; por esta vez, respondieron mis acciones a sus hechicerías monstruosas.

Suavemente me arrastró hasta la *chaise-longue*, donde la postura voluptuosa y la embriaguez balsámica de los perfumes impusieron a mi nerviosismo un rumbo ignoto y desconocido..., todo a mis ojos aparecía envuelto en densidades elevadísimas, todo: la atmósfera respirable, el aliento ardoroso de la bella me transportaban a ultraterrenas delicias...; de pronto, yo noté algo así como un agudísimo anhelo incalmable..., me incorporé levemente y caí aprisionado por los reptiles de las lujurias más refinadas...

* * *

Grité, me zambullí en aquel caos, oí crujir mis huesos que protestaban con sordos alaridos...

Fue un vigor extraño..., bailoteaba como un poseso..., hundía mis ojos en aquella realidad escalofriante; Lolita dormía, dormía..., su cuerpo comenzaba a enfriarse.

Salí de aquella casa, mis fuerzas decaían, tuve que subir a un coche. Contemplé idealmente las delineaciones de mi aventura: un febril delirio, la envoltura sutilísima de dulces mantos, los penachos iriscentes de la dicha... y, en el fondo, unos ojos femeninos que alumbraban con fuertes destellos las lobregueces de los cuadros más ocultos...; más al fondo aún, el misterio y las tinieblas profundas; mi cuerpo dolorido exhalaba miedo y temor...

Siempre que un individuo se encuentra arrollado por las garras de una de las derivantes de su debilidad, prorrumpie inconscientemente en frases palingenésicas, en planes rectos e inflexibles a seguir cuando la influencia, que detiene su marcha retrospectiva, corte las amarras del castigo y del dolor; yo me encontraba en ese caso cruel, con la fuerte añadidura de que el soñoliento espíritu comenzaba su despertar iracundo, como llamado a grandes

voces por la realidad del momento. ¡Y qué vergonzoso fué para mi impulso pasional la presencia cara a cara con la incipiente visualidad de mi cerebro espiritualizado! Se exteriorizaban claramente en mi rostro las inexorables acusaciones y las réplicas incontestadas, mis ojos parecían ser despojados de su brillo y lanzaban sus miradas inciertas a través de la nada.

Todavía, allá junto a las tinieblas, unos ojos femeninos me miraban..., eran los de ella; líneas undívasas formaban en su derredor un bello semblante; sin embargo, yo creía ver la raicita tentacular que engendraba venganzas y torturadores instrumentos infernales..., retiré la vista con asco, y quedó como clavada en los vértigos silenciosos de las tinieblas. ¡Oh, qué sublime la soledad y la noche!

Los tumbos que originaba el coche, a su paso por baches o insolentes adoquines, eran sobresaltos en la aparente tranquilidad que me rodeaba como una diadema de misterio. Se paró el carruaje. El fin de todo ello serían las horas interminables y pesadas en mi cuarto fraterno, luchando con los remordimientos o con las duras imposiciones del destino irónico.

Yo estuve un día, dos días, varios días en cama, tuve fiebres elevadas, y sobre todo un gran decaimiento físico. En un momento de lucidez leí el periódico..., un retrato y una noticia a dos columnas llenaron mi espíritu de horror...:

«...La bella Lolita Brimé, bien conocida en esta población, se ha suicidado en su domicilio inyectándose cierta dosis de morfina...» «Se encontraba tendida en una *chaise-longue*...»

«Es un suicidio extraño, aunque en parte justificado por su estado neurasténico...»

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_017